

# El gato que curaba corazones

LOS

IMPERDIBLES

**RACHEL WELLS**

**El gato que  
curaba corazones**

Traducción de Montse Triviño



DUOMO EDICIONES  
Barcelona, 2017

Título original: *Alfie the Doorstep Cat*

© 2014 por Rachel Wells

Originalmente publicado por HarperCollins Publisher Ltd.

© de la traducción, 2017 por Montserrat Triviño González

© de esta edición, 2017 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: marzo de 2017

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012 (España)

[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

DL B 2012-2017

ISBN: 9788416634477

CÓDIGO IBIC: FA

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Para *Ginger*, mi primer gato, que me dejaba  
llevarlo a pasear con correa y jugar con él como si fuera  
una muñeca. Ya hace mucho que no estás entre nosotros,  
pero jamás te olvidaremos.



# Capítulo uno

- **N**o creo que tardemos mucho en vaciar la casa  
-dijo Linda.

-Linda, eres demasiado optimista. Mira toda la porquería que había acumulado tu madre -respondió Jeremy.

-Eso no es justo. Algunos de esos objetos de porcelana son muy bonitos y, quién sabe, tal vez tengan algún valor.

Me estaba haciendo el dormido, pero en realidad tenía las orejas bien tiasas para escuchar lo que estaban diciendo mientras intentaba, al mismo tiempo, no sacudir la cola por los nervios. Me había acurrucado en el sillón favorito de Margaret -o, mejor dicho, en el que había sido su sillón favorito- y desde allí observaba a su hija y a su yerno hablar de lo que iba a ocurrir y decidir mi futuro. Los últimos días habían sido tremendamente confusos, sobre todo porque ni siquiera entendía bien qué había pasado. Sin embargo, lo que sí entendí mientras los escuchaba, haciendo un gran esfuerzo por no llorar, era que la vida jamás volvería a ser como antes.

-Ojalá. En fin, creo que lo mejor será llamar a una empresa de vaciado de casas. Porque, desde luego, no queremos nada de todo esto.

Traté de echar un vistazo sin que me vieran. Jeremy era un hombre alto, canoso y malhumorado. Nunca me había caído especialmente bien, pero la mujer –Linda– siempre se había portado muy bien conmigo.

–Me gustaría poder guardar algunas cosas de mi madre. La voy a echar mucho de menos.

Linda rompió a llorar y a mí me entraron ganas de ponerme a maullar con ella, pero me contuve.

–Lo sé, amor mío –dijo Jeremy, en tono algo más suave–. Lo que pasa es que no podemos quedarnos aquí para siempre. Ahora que ya la hemos enterrado, tenemos que empezar a pensar en poner la casa a la venta. Si la vaciamos, podremos marcharnos dentro de pocos días.

–Es que me parece tan definitivo... Pero tienes razón, claro –suspiró–. ¿Y qué hacemos con Alfie?

Se me erizó el pelo. Eso era lo que estaba esperando: ¿qué iban a hacer conmigo?

–Pues supongo que tendremos que llevarlo a la protectora –dijo.

Se me puso todo el pelo de punta.

–¿La protectora? Pero mamá lo quería muchísimo. Abandonarlo me parece una crueldad –dijo.

Deseé poder expresar que estaba de acuerdo con ella. Era peor que una crueldad.

–Pero ya sabes que no nos lo podemos llevar a casa. Tenemos dos perros, cariño. No podemos tener también un gato, ya lo sabes.

Me indigné muchísimo. Tampoco es que quisiera irme a vivir con ellos, pero de ninguna manera estaba dispuesto a ir a la protectora.

«Protectora.» Me estremecí solo de escuchar esa palabra: qué nombre tan inapropiado para lo que la comunidad gatuna llama «corredor de la muerte». Puede que de vez en cuando realojaran, con suerte, a algún que otro gato, pero quién sabe qué podía ocurrirle. ¿Cómo podían estar seguros de que la nueva familia adoptiva lo trataría bien? Todos los gatos a los que conocía estaban de acuerdo en que la protectora no era un buen sitio. Y todos sabíamos muy bien que los gatos a los que no se conseguía realojar estaban prácticamente sentenciados a muerte.

Por mucho que yo me considerara un gato apuesto y con cierto encanto, no tenía la menor intención de correr el riesgo.

–Tienes razón, los perros se lo comerían vivo. Y hoy en día, esas protectoras funcionan muy bien, seguro que lo realojan rápidamente. –Linda hizo una pausa, como si estuviera dándole vueltas al tema–. Sí, hay que hacerlo. Mañana llamaré a la protectora y a la empresa de vaciado de casas. Y luego, supongo que ya podremos contactar con alguna agencia inmobiliaria.

Parecía más segura de sí misma y supe, en ese instante, que mi destino estaba decidido a menos que actuara enseguida.

–Ahora estás pensando con la cabeza. Ya sé que no es fácil, pero, Linda, no olvides que tu madre era ya muy mayor y, bueno, tampoco es que te haya cogido por sorpresa.

–Ya, pero eso no hace que sea más fácil, ¿verdad?

Me tapé las orejas con las patas. La cabecita me daba vueltas. A lo largo de las dos últimas semanas había per-

dido a mi dueña, el único ser humano al que de verdad había conocido. Mi vida estaba patas arriba y estaba desconsolado, triste, y ahora, al parecer, también abandonado. ¿Qué bigotes iba a ser de un gato como yo?

Yo era lo que se conoce como un «gato de sofá». Tenía un sofá calentito, comida y toda clase de comodidades, así que nunca había sentido la necesidad de pasarme la noche cazando, merodeando o haciendo amigos por ahí. Y también tenía compañía: una familia. Pero de repente me lo habían arrebatado todo y me habían partido el corazón gatuno. Por primera vez en mi vida, estaba completamente solo.

Había vivido en aquella casita adosada con mi dueña, Margaret, prácticamente toda mi vida. También tenía una hermana gata, que se llamaba Agnes, aunque era bastante mayor que yo y, más que una hermana, era como una tía para mí. Pero cuando Agnes se fue al cielo gatuno, hace un año, experimenté un dolor que jamás había creído posible. Me dolía tanto que creí que no me recuperaría jamás. Pero tenía a Margaret, que me quería muchísimo, y nos aferramos el uno al otro para soportar el dolor. Los dos adorábamos a Agnes y, unidos en nuestro sufrimiento, la echábamos de menos con todas nuestras fuerzas.

Hace poco, sin embargo, aprendí lo cruel que puede llegar a ser la vida. Un día, hace un par de semanas, Margaret no se levantó de la cama. No sabía qué le ocurría, ni tampoco qué hacer, pues solo soy un gato, así que me tendí junto a ella y maullé tan alto como pude. Por suerte, ese día venía la enfermera que visitaba a Margaret una vez por semana, así que cuando oí el

timbre me separé a regañadientes de mi querida dueña y salí por la gatera.

–Ay, señor, ¿qué ocurre? –preguntó la enfermera, mientras yo maullaba a voz en grito.

Cuando la enfermera volvió a llamar al timbre, la toqué con la pata, suavemente pero con insistencia, para hacerle comprender que algo iba mal. Ella usó entonces la llave de repuesto y encontró el cuerpo sin vida de Margaret. Me quedé junto a ella, a sabiendas de que la había perdido, mientras la enfermera hacía unas cuantas llamadas. Poco después, entraron unos hombres y se la llevaron. No podía dejar de maullar, pero no me permitieron ir con Margaret y fue entonces cuando supe que mi vida, tal y como la conocía hasta entonces, se había terminado. Llamaron a los familiares de Margaret y yo seguí maullando. Maullé hasta quedarme afónico.

Mientras Jeremy y Linda seguían hablando, bajé silenciosamente del sillón y salí de casa. Merodeé un rato por los alrededores, en busca de algún otro gato al que pedir consejo, pero ya era casi la hora del té, así que no había nadie por allí. Sin embargo, conocía a una simpática y anciana gata, llamada Mavis, que vivía en la misma calle, así que fui a buscarla. Me senté delante de su gatera y empecé a maullar ruidosamente. Mavis sabía que Margaret había muerto, pues había visto cómo se la llevaban y, poco después, me había encontrado a mí llorando su ausencia. Era una gata muy maternal, un poco como Agnes, y se había ocupado de mí: me había dejado maullar hasta que ya no pude maullar más. Después se quedó conmigo y compartimos su comida y su leche hasta que llegaron Jeremy y Linda.

Al oírme llamarla, salió por la gatera y le conté cuál era la situación.

–¿No pueden quedarse contigo? –preguntó mirándome con ojos tristes.

–No, dicen que tienen dos perros y, bueno, tampoco es que quiera vivir con perros –dije.

Los dos nos estremecimos solo de pensarlo.

–Y quién querría... –dijo Mavis.

–No sé qué hacer –me lamenté, mientras hacía esfuerzos por no echarme a llorar otra vez.

Mavis se acurrucó a mi lado. Hasta hacía poco, no habíamos sido especialmente amigos, pero era una gata muy bondadosa y yo agradecía mucho su amistad.

–Alfie, no dejes que te lleven a la protectora –dijo–. Quisiera ocuparme de ti, pero no creo que pueda. Ya soy vieja y estoy cansada y tampoco es que mi dueña sea mucho más joven que Margaret. Tienes que ser un gatito valiente y buscarte una nueva familia –dijo, al tiempo que frotaba el cuello contra el mío en un gesto cariñoso.

–Pero... ¿cómo voy a hacerlo? –le pregunté.

Jamás me había sentido tan solo y perdido.

–Ojalá tuviera las respuestas, pero piensa en lo que has aprendido sobre la fragilidad de la vida y trata de ser fuerte.

Nos frotamos el hocico y supe que tenía que irme. Regresé a casa de Margaret por última vez, para poder recordarla antes de marcharme definitivamente. Quería una imagen para atesorarla en la memoria y llevármela en mi viaje. Esperaba que me diera fuerzas. Contemplé las baratijas de Margaret, sus «tesoros», como ella los

llamaba. Contemplé las fotografías de las paredes, que me eran tan familiares. Contemplé la moqueta, gastada allí donde yo la había arañado cuando era demasiado pequeño para saber lo que hacía. Yo era aquella casa y aquella casa era yo. Y ahora no tenía ni idea de lo que iba a ser de mí.

No tenía mucha hambre, pero me obligué a engullir la comida que Linda me había puesto (al fin y al cabo, no sabía cuándo volvería a comer). Luego dediqué una última y prolongada mirada al que había sido mi hogar, al lugar en el que había estado calentito y a salvo de peligros. Pensé en las lecciones que había aprendido. En los cuatro años que llevaba en aquella casa, había comprendido muchas cosas acerca del amor y de la pérdida. Hasta ese momento, habían cuidado de mí, pero eso ya se había acabado. Recordé la época en que había llegado a aquella casa, cuando era apenas un gatito recién nacido. Al principio, no le había caído demasiado bien a Agnes, que me veía como una amenaza. Pero después me la había ganado y Margaret nos había tratado siempre a los dos como si fuéramos los gatos más importantes del mundo. Pensé en lo afortunado que había sido, pero finalmente se me había acabado la fortuna. Mientras lloraba el fin de la única vida que había conocido, supe por instinto que debía sobrevivir, aunque no tenía idea de cómo. Me preparé para dar un salto hacia lo desconocido.



# Capítulo dos

Con el corazón destrozado, y temiendo no encontrar una alternativa razonable, abandoné el único hogar que había conocido. No tenía ni idea de adónde dirigirme ni de cómo salir adelante, pero sabía que confiar en mí mismo y en mis limitadas aptitudes era mejor que confiar en la protectora. Y también sabía que un gato como yo necesitaba amor y un hogar. Mientras me adentraba en la oscura noche, temblando de miedo, traté de buscar la forma de ser valiente. Sabía pocas cosas, pero sí estaba seguro de que no quería volver a estar solo jamás. Era un gato que necesitaba desesperadamente un sofá –o unos cuantos sofás– en el que sentarse. Así, con un firme propósito, traté de reunir coraje. Recé y deseé que no me fallara.

Eché a andar, dejando que me guiara el instinto. No estaba acostumbrado a deambular por las calles durante noches tan oscuras y poco invitadoras, pero tenía buen oído y buena vista, así que me repetí una y otra vez que no me pasaría nada. Traté de escuchar las voces de Agnes y de Margaret mientras recorría las calles, para que me animaran a seguir.

La primera noche fue dura, aterradora y muy larga. En un momento determinado, a la luz de la luna, encon-

tré un cobertizo al fondo del jardín trasero de alguien. Y fue una suerte, porque para entonces ya me dolían las patas y estaba agotado. La puerta estaba abierta y, si bien el cobertizo estaba cubierto de polvo y de telarañas, me sentía tan cansado que no me importó. Me acurruqué en un rincón, sobre el frío y sucio suelo, y enseguida me quedé profundamente dormido.

Me despertó en plena noche un agudo maullido y me encontré con un enorme gato negro que estaba prácticamente encima de mí. Asustado, di un salto. El gato me observó, furioso, y traté de mantenerme firme, aunque me temblaban las piernas.

—¿Qué haces aquí? —bufó, escupiendo con un gesto muy agresivo.

—Solo estaba durmiendo —respondí, tratando sin éxito de parecer muy seguro de mí mismo.

Era imposible que pudiera zafarme de él con facilidad, así que me puse de pie, temblando, y traté de parecer muy amenazador. El gato sonrió, con una sonrisa malvada, y casi se me doblaron las patas. Se abalanzó sobre mí y me arañó la cabeza con las garras. Grité de dolor al notar el arañazo y quise hacerme un ovillo, pero sabía que tenía que huir de aquel gato infame. Se abalanzó de nuevo sobre mí y vi el destello de sus garras cuando me las acercó a la cara, pero por suerte yo era más ágil. Eché a correr hacia la puerta y pasé velozmente junto a él, rozándole casi el áspero pelo, pero conseguí salir del cobertizo. Él se volvió y bufó de nuevo. Escupí en su dirección y eché a correr todo lo rápido que me permitieron las patitas. En un momento determinado me detuve y, casi sin aliento, me volví, pero

estaba solo. Aquel había sido mi primer encuentro con el peligro y supe que tenía que curtirme si quería sobrevivir. Me alisé el pelo con una pata y traté de ignorar el arañazo, que aún me escocía. Comprendí que podía ser muy rápido si quería, lo cual era algo que me resultaría muy útil a la hora de esquivar los peligros. Sollocé un poco más mientras seguía caminando: el miedo me atenazaba, pero también me impulsaba a seguir. Contemplé el cielo nocturno y las estrellas y me pregunté, una vez más, si Agnes y Margaret me estarían viendo, estuvieran donde estuvieran. Deseé que así fuera, pero no lo sabía. Sabía muy pocas cosas, en realidad.

Para cuando me atreví a detenerme de nuevo, estaba muerto de hambre y tenía mucho frío. Acostumbrado a sentarme día tras día junto a la chimenea de Margaret, aquella vida me resultaba desconocida. Sabía que si quería comer, tendría que cazar, algo que en el pasado no había tenido que hacer casi nunca y que no se me daba especialmente bien. Me dejé guiar por el olfato y encontré unos cuantos ratoncillos que correteaban entre los cubos de basura, delante de una gran casa. Aunque me daba cierto asco –estaba acostumbrado a la comida de lata, excepto en las contadas ocasiones en las que Margaret me daba pescado–, conseguí acorralar a uno de los ratones en un rincón y me abalancé sobre mi presa. Tal vez porque no estaba acostumbrado a pasar tanta hambre, me pareció delicioso y me proporcionó la energía que necesitaba para continuar.

Seguí deambulando durante toda la noche, hasta que empezó a amanecer. Mientras me perseguía la cola y practicaba mis saltos, trataba de no olvidar que seguía

siendo yo, Alfie, el gato juguetero. Intenté cazar un moscardón, pero entonces recordé que debía ahorrar energías, porque no sabía cuándo volvería a comer ni cómo obtendría la comida.

Sin saber todavía hacia dónde me llevaban mis pasos, llegué a una calle ancha y comprendí que no me quedaba más remedio que cruzarla. No estaba acostumbrado a las calles ni al tráfico. Margaret me había sermoneado, cuando aún era muy pequeño, acerca de los peligros de cruzar una calle. Había mucho ruido y me daban miedo los coches y las furgonetas que pasaban junto a mí a toda velocidad. Me quedé en la acera, con el corazón desbocado, hasta que vi un hueco. Estuve a punto de cerrar los ojos y echar a correr, pero conseguí que me dejaran de temblar las piernas antes de cometer alguna estupidez. Asustado, coloqué una patita en la calzada y percibí el estruendo del tráfico, cada vez más cerca. Oí entonces una estridente bocina y, al volverme hacia la izquierda, vi dos enormes faros que se me echaban encima. Salí disparado y corrí más rápido de lo que había corrido jamás. Para mi horror, sin embargo, noté que algo me rozaba la cola. Grité y, tras saltar lo más lejos que pude, aterricé en la otra acera. Con el corazón desbocado, me volví y vi pasar un coche a toda velocidad. Supe que me había faltado muy poco para acabar bajo aquellas ruedas. Me pregunté entonces si habría gastado una de mis siete vidas: estaba convencido de que sí. Finalmente, recuperé el aliento: el miedo me impulsaba de nuevo y, pese a notar las piernas como si fueran de gelatina, me alejé de la calzada y conseguí caminar durante

unos cuantos minutos antes de desplomarme ante la verja de alguien.

Transcurridos unos minutos, se abrió una puerta y salió una señora que llevaba un perro atado a una correa. El perro se lanzó hacia mí, ladrando como un loco, y una vez más tuve que huir para eludir un peligro. La mujer tiró de la correa y le gritó algo al perro, que me gruñó. A modo de respuesta, le bufé.

Estaba aprendiendo muy deprisa que el mundo era un lugar hostil y peligroso, a años luz de distancia de mi hogar, que eran Agnes y Margaret. Empecé a preguntarme si no habría sido más seguro dejar que me llevaran a la protectora.

Sin embargo, ya no había vuelta atrás, pues a esas alturas ya ni siquiera sabía dónde estaba. Cuando decidí marcharme, no sabía muy bien adónde dirigirme ni tampoco qué me ocurriría, pero tenía ciertas esperanzas. Creía que tendría que viajar un poco, pero en algún rincón de mi mente estaba convencido de que alguien, tal vez una afectuosa familia o una encantadora niñita, me recogerían y me llevarían a mi nuevo hogar. Y trataba de no olvidar esa imagen mientras me enfrentaba a los horrores diarios, me veía obligado a huir para salvar el pellejo o estaba tan hambriento que no me tenía en pie.

Estaba desorientado, sediento y cansado. La adrenalina que me había ayudado a seguir adelante hasta ese momento me estaba abandonando, sustituida por una pesadez en las extremidades.

Conseguí llegar hasta un callejón y pensé que si saltaba a una valla y caminaba en equilibrio sobre ella,

podría seguir avanzando y, al mismo tiempo, tener una perspectiva desde lo alto para sentirme seguro. Hice acopio de mis reservas de energía para conseguirlo y vi un cuenco de agua sobre un poste de madera. Margaret solía hacerlo para que los pájaros pudieran beber. Bajé de la valla, trepé el poste y conseguí subir hasta el cuenco: estaba tan desesperado por beber que hubiera subido hasta la montaña más alta. Bebí con avidez y disfruté del alivio inmediato que me proporcionó el agua. Espanté a unos cuantos pájaros, pues no estaba dispuesto a compartir el agua. Tras dejar el cuenco prácticamente vacío, regresé a las vallas y me alejé más y más de mi antigua vida.

Por suerte, pasé una noche sin incidentes. Me topé con algún que otro gato, pero en general me ignoraron, pues estaban demasiado ocupados con sus llamadas y rituales de apareamiento como para fijarse en mí.

Casi todo lo que sabía de los otros gatos lo había aprendido de Agnes, que ya apenas podía moverse cuando yo la conocí, y de los demás gatos de la calle, quienes por lo general se mostraban afectuosos. Sobre todo Mavis, que siempre había sido muy amable conmigo. Quería acercarme a los gatos que iba encontrando para pedirles ayuda, pero parecían demasiado ocupados y, además, tenía miedo después del incidente del gato negro, así que decidí prudentemente seguir mi camino.

A la mañana siguiente, tenía la sensación de haber recorrido una distancia considerable. Sin embargo, volvía

a tener hambre, así que decidí parecer lo más atractivo posible con la esperanza de que algún gato generoso me ayudara a encontrar comida. Me topé con un gato que estaba holgazaneando al sol delante de una casa de reluciente puerta roja. Me acerqué tímidamente y empecé a ronronear.

–Madre mía –dijo el gato, que en realidad era una enorme gata atigrada–. Estás horroroso.

Estuve a punto de mostrarme ofendido, pero luego recordé que no me había acicalado como Dios manda desde que había abandonado la casa de Margaret porque había estado demasiado ocupado tratando de sobrevivir y de no meterme en líos.

–No tengo casa y me muero de hambre –maullé.

–Acompáñame, podemos compartir mi desayuno –ofreció–. Pero luego tendrás que marcharte enseguida. Mi dueña volverá enseguida y no creo que le guste encontrar un gato callejero en casa.

De repente, me di cuenta de que, efectivamente, me había convertido en un gato callejero. No tenía casa ni familia, nadie que me protegiera. Me contaba entre los pobres gatos que tenían que valerse por sí mismos, que vivían con miedo, pasaban hambre y estaban siempre cansados. Que nunca tenían buen aspecto, ni nada que se asemejara al buen aspecto. Me había unido a sus filas y la sensación era espantosa.

Comí, bebí y luego, tras darle las gracias a la amable gata y despedirme de ella, seguí mi camino. Ni siquiera le pregunté su nombre.

Mi estado mental era un reflejo de mi estado físico. El sufrimiento formaba parte de mí: echaba de menos

a Margaret con todas las fibras de mi ser y eso me causaba un dolor físico en el corazón. Pero había conocido el amor: el amor de mi dueña y de mi hermana gata y, aunque solo fuera por ese amor, debía seguir adelante. Ahora, con el estómago lleno, volvía a sentirme rebo-sante de energía y me preparé para seguir mi camino.